02 Cuentos reunidos
Aquellos lugares

01
Para escribir del mitaí que fuí
En primer lugar, no será fácil repasar mentalmente la historia de mi propia vida y para escribir siendo su protagonista, debo volver a ser aquel niño y traerlo de la mano hasta el presente.
Para sentirlo de nuevo como parte de mi, ponerlo en mis rodillas y mirándonos a los ojos, contarnos, ¡¡cómo han pasado los años, cuántos recuerdos!!.

Tomados de la mano, vamos a recorrer el tiempo de nuestra infancia, ¡¡vamos, vengan todos!! a recorrer por las experiencias vividas y son las páginas de una historia personal, que mientras vivamos, entrelazan con otras vidas y otras historias.

Confieso que me ha tocado vivir mi infancia en el mejor lugar del mundo. He compartido ese tiempo con muchos amigos y amigas, todos vecinos, los tengo en mis recuerdos.

Antes que el círculo de la vida se cierre, quiero rememorar esos años cuando fuimos niños.
Aquí, mediante signos, palabras e imágenes, volver a jugar, volver a esos lugares mágicos con la imaginación. La vida nos llevó a emprender caminos diferentes, hoy nos llama a un encuentro.

Todos juntos amigos, mirando hacia atrás, volvamos a revivir nuestros juegos, aquellos momentos que pasamos. Reconciliarnos quizás con el pasado y sus carencias. A pesar de sus dificultades, de cada día, cada año y después de décadas podamos sentir y decir, he cumplido con la misión, gracias por la vida.

Recrear con palabras esas imágenes del pasado es propiciar un encuentro con el niño que fuimos, volver a ese entorno de los primeros años y así escribir una Historia de Vida.

Tengo la certeza de que lograré por lo menos una semblanza de esa época tan bella, donde no cabía el concepto de ricos ni pobres.

Una infancia tan sencilla de pura inocencia en el legendario Barrio Obrero, en una esquina apenas iluminada de calles arenosas donde cada página está escrita por todos.

Hernan Benitez Denis

02

Aquellos lugares:

Con la imaginación me encontraré caminando por esas calles arenosas de ayer y bajaré por el caminito hasta una playa de arena del Arroyo Ñeembucú.
He salido al encuentro de esas huellas que conservo en la memoria, por los lugares dónde han quedado los recuerdos imborrables de aquellos tiempos idos.

Son esas huellas e imágenes que tienen voces como ecos y sonidos de un pasado que vuelvo a recrear antes del olvido como una forma de vida que pasó pero que sus ecos aunque lejanos todavía repercuten y llegan hasta mí con sus cargas de nostalgias.

Aquí podrán ver y escuchar a la gente de esa época cuando se saludan por las calles al cruzarse sin apuros o se detienen a conversar de cualquier cosa como si tan solo fuera la alegría por verse en un nuevo día.
Lo más importante era eso, seguir viviendo en lo cotidiano sin preocuparse de lo material, porque en aquél tiempo las mismas personas se consideraban más importantes, y lo sentían de verdad con esa ingenuidad que ya no existe hoy.

Con la imaginación me veo llegando a la orilla de la Bahía de esta parte del Barrio Obrero donde nací, el lugar como origen de lo que cuento de esa infancia que fué como el suave deslizar de las canoas, los pies en las aguas del Arroyo Ñeembucú y las caricias de las olas que llegan a la playa de arena mientras veo y escucho el rítmico manejo de los remos del pescador que a su vez es un buen remador que conoce los secretos de las aguas, de los remos, las canoas y estos lugares en todo tipo de tiempo.

Y los peces saltan por ahí cerca, coletean y vuelven a zambullirse en el canal principal del caudaloso Arroyo Ñeembucú de aquellos tiempos, pero él va hacia otro

lugar de pique en abundancia como fué ese lugar que se conoció como “Fábrica bajo”.

Los grillos no cesan de contestarse “cri cri cri" desde sus escondrijos, aquí hay una perfecta sinfonía con el croar de sapos y ranas, no dejan lugar a la monotonía porque arriba los patillos migran en perfectas bandadas unas tras otras rasgando el techo azul, pasan como puntas de flechas lanzadas hacia el horizonte, están migrando hasta el atardecer.

Y no existe un solo cuadro que no tenga un movimiento porque todo aquí es muy cambiante cuando llega la noche y la oscuridad cambia el escenario, del día claro de sol a una noche de luna llena que asciende lentamente siguiendo el curso del canal principal, destella una luz larga blanca y brillante como misteriosa, y en aquellos lugares la vida seguirá recreándose en la Bahía que pronto se llena de zigzagueantes luciérnagas mientras la luna ya está alta como saliendo de las aguas se ha trepado a los montes del poniente.

Nunca podré olvidar a las lavanderas, a esas mujeres sacrificadas que bajaban por los senderos hasta una playa de arena del Arroyo Ñeembucú donde pude ver sus figuras encorvadas y eran de todas las edades, algunas muy jóvenes entre señoras casi ancianas.
Todas llegaron con sus latonas sobre la cabeza entre los “mandiyú randy” bajaron hasta la orilla a lavar ropas en las aguas del Arroyo Ñeembucú, y fueron aquellas mujeres a las que la vida las hizo hablar recias y fuertes entre ellas para reírse del destino como burlándose de la suerte que les tocó.

Fueron esas mujeres como si entre ellas mismas no hubiera nada mejor que estar en las orillas del Arroyo Ñeembucú y en vez de en otro lugar que les importara más que este momento de pasar juntas en ese afán de, "oipokyty, oityvyro há oipysó kuarahype aó ajeno”.

Se ríen de ellas mismas entre ellas en la orilla de los chistes o chismes del Almacén de Barrio, se pasan de una a las otras los chismes en un “ñemombe'u”, de lo novedoso, y así sus días también pasan trabajando duro, y yo las miraba a veces de cerca al pasar frente a mi casa por la calle Humaitá, cuando estoy sentado y pensativo en el marco de la ventana que mira al oeste.
A veces desde un lugar alto, un barranco natural que quedaba cercana a la esquina del patio de los Ramírez al salir del Paú Poí al otro lado, con la mirada hacia el este se podía ver hasta muy lejos.

Me viene la escena grabada en mi memoria de Ña Pablita con su “cigarro poguasú” entre sus pocos dientes cuando me saludaba, diciendo en guaraní, “¿mbaeico Nanchito”?, y yo le miraba a su nieta, una blanca niña que la sigue temerosa, y que tenía los cabellos largos y rizados, la que se quedaba al mirarnos, hasta que escuchamos fuerte, a la abuela, ¡¡eyupy nde mitacuñaí!!, ella corriendo se va y se pierde entre los “mandiyú randy”, casi llorosa la ví al ir, va hacia la orilla para soñar sus sueños como de pompas de jabón de lavar que se disipan de entre sus manos.

Allá abajo en la orilla es donde se cuentan los cuentos que luego recorren los Almacenes de Barrio, se amplifican aquí y se van haciendo de consejos para una

forma solapada también de enseñar de lo que ocurre cuando,
"reikuaa pio pe mitakuña poraité", "mbaeicha anga pio opytá hyeguasú".

Porque de todo pasaba antes que los cambios vertiginosos en los años 70, esa década llamada prodigiosa, y que no fueron esos años mas que un despertar de la juventud por querer conocerse y ampliar sus conocimientos en libertad por lo menos, y
porque se vió en la realidad de salir a buscar para cumplir los sueños.
Fueron años en que se sintió la necesidad de tener que dejar el terruño en busca de hacer realidad esos sueños de los jóvenes en aquél Pilar de donde tuvimos que migrar.

Mientras las lavanderas siguen a su manera también soñando que verán cumplirse los sueños de sus hijas e hijos, o nietos, fueron esa estirpe de mujeres luchadoras por soñar a su manera y por cuyas noblezas de un ayer, por sus duros dias de sacrificios se cumplieron los sueños soñados por ellas en hijos e hijas o nietos. Hoy esa humildad generosa, porfiada, llenas de esperanzas, hoy se extraña.

Desde el Mirador Natural hoy Monumento a las Madres, la Bahía de antaño del Arroyo Ñeembucú y el Barrio Obrero de esa época era simplemente un cuadro fantástico con la mirada hacia el este podía abarcar hasta muy lejos, desde ese lugar una mezcla de colores, olores y rumores juntos a los altos eucaliptos que esparcen el olor mentolado de sus hojas con el viento del este y que al mismo tiempo me trae los cánticos de los monos (carayás), de otro lado de la costa desde los montes del Barrio Guaraní.

Con la vista lejana junto a mis percepciones en la piel y en todos mis sentidos, me sentía embriagado de emociones muy placenteras, mirando hacia allá de dónde viene el sol, "kuarahy resé pe".
Y con la mirada traía imágenes desde muy lejos, y hasta acá me llegaba el humo de los "cigarros poguasú" que venía por el aire y me trae el olor dulce y sabor amargo del tabaco.
Y que olia como si fuera a probar como se siente una hoja de ese fuerte tabaco al masticarse y luego escupir para que se quede caliente el regusto en el paladar de algo casi místico desde los orígenes mismos de nuestro pueblo.

Éstas son las imágenes, los sonidos y los olores, incluso los sabores de lo que hablo y que veíamos antes como escenas en movimientos de la gente por las arenosas calles y por las orillas del Arroyo Ñeembucú, en aquel Barrio Obrero de antaño, en el Pilar de aquellos tiempos idos.
Hernán Benítez Denis

03
El Arroyo Ñeembucú
Siguiendo el curso del canal

Nos encontramos en "Ayala Pato" que es una playa cercana y nos recuerda ese puerto de cruce de canoas al hombre con su actividad que le dio su nombre desde que hacían el cruce de la gente desde y hacia el Barrio Guaraní cada uno con su canoa, junto a Doña Eusebia, la compañera de vida de Don Ayala Pato.

Ambos son una leyenda como paseros del lugar.

La gente cruzaba desde o hacia el Barrio Guaraní todos los días incluso los estudiantes del turno noche, que tenían por seguro que siempre podían contar con ellos, por allí cruzaban las aguas hacia el Barrio Guaraní donde viven.

Un poco más allá, siempre siguiendo el curso del canal hacia el oeste por la misma orilla, llegaremos a un famoso barranco llamado “El Paí Cué”
Un barranco a pique cuyo nombre tal vez le fue dado por algún suceso que no recuerdo.
Y Pai Cue era solo para los desafío de buenos nadadores y los más intrépidos para las zambullidas de cabeza al saltar de esa altura.
Debo recordar que todas las calles terminan hacia el norte, terminan a veces en playas y otras en altos barrancos.
He visto como se desafían para saltar y zambullirse desde allá arriba, recuerdo los perfectos clavados en el agua que eran para contener la respiración y allá lejos salían a la superficie del torrentoso Arroyo Ñeembucú de ese tiempo.

Yendo hacia el Río Paraguay encontramos el cruce más importante de aquellos tiempos, que une a la pujante hoy día Villa Paso por medio de la Avenida Irala y en esa parte como la principal conexión con el Centro de la Ciudad, que nos lleva a la antigua Terminal de Ómnibus y al epicentro de la zona Comercial de aquellos tiempos, el recordado “Piso Cué” de las carretas el lugar dónde vi descansar rumiando por las noches a los bueyes, en los alrededores del Parque Carlos Antonio López, la ZP12, y como olvidar a un Circo que llegó, el oso y a los payasos, el torín, y los toros, la ruleta y las “mariposas nocturnas” a la luz tenue de las mesas de los juegos de azar, recuerdo la música melancólica hoy para mí, me alegraban en ese entonces la calesita con la misma música al girar.
El Pilar de antaño fué sencillamente inolvidable.

Hasta Villa Paso la Ruta 4ta esa otrora y legendaria por sus tramos de profundas huellas de barros y otros de arenales, nos recuerdan sus frecuentes clausuras en cada
uno de nosotros llevamos en la memoria algunas de aquellas heroicas travesías y sigue con su fama para seguir hilando la historia inacabada de sus particulares anécdotas.
Cuántas veces se cuenta que en varios tramos los pasajeros debían bajarse y empujar, en el barro.
Y llegado a esta parte para cruzar e Arroyo Ñeembucú Ñeembucú, nuevamente los colectivos pasan en canoas y el Ómnibus con la balsa de Don Lacú, y ese servicio de canoeros y balsa eran las 24 hs, en turnos.

Recuerdo a un costado del barranco en lo alto hacia Villa Paso lado norte de la Ciudad, los canoeros para pernoctar la noche y refugiarse del frío o la lluvia se cavaron tipo cuevas, porque son largas la espera de colectivos.

A mi me tocó como “mitaí” compartir algunos de esos momentos cuando le llevaba la comida a Mario, mi hno. le tocaba hacer el turno de noche con "El Preferido", nuestra canoa.

La construcción del Puente de cemento, dejó a los canoeros sin trabajo y la balsa de Don Lacú, que hacía cruzar los vehículos, quedó seguro varada en el olvido.

Y yendo de allí un poco más allá ya estaba el famoso Puente Pachanga cuya cabecera Norte conectaba con el Batallón 40 de esa época, mientras la parte Sur del puente Pachanga a los bajos del Colegio Juán XXIII, ya en las cercanías de hoy Basílica Menor, antes “el tupaó guasú”, la Plaza Mcal Lopez, esto ya en el pleno Centro de Pilar, donde se festejan las Gestas Cívicas, frente mismo a El Cabildo.

El Puente Pachanga que suena a como a un bailarín porque ondulaba por ser colgante, estuvo de servicio para el cruce en la mejor época, de los años 60, 70 y me dejó recuerdos cuando hacía mi guardia como Cimeforista entre el 74 y 75.
Son tantas las anécdotas que se recuerdan hasta hoy y parece que se renuevan cuando las drásticas bajantes nos muestran sus vestigios en la orilla del Arroyo Ñeembucú.

La gente de antes apreciaban sus playas cuando por sus calles que le quedaba más cerca y que termina en la orilla, se bajaban
a refrescarse en los tórridos veranos de Diciembre a Enero, cuando eran una linda fiesta esos encuentros en familia entera en las playas de las orillas del Arroyo Ñeembucú.

Muy caudaloso antes venía desde el este en su canal principal muy rápido y al salir del cauce fué cuando se formó nuestra hermosa Bahía con sus playas de arena.
Siendo jovencito remaba muy bien, suave y con ritmo hacía deslizar mi canoa en la Bahía dando perfectos cortes con los remos al agua.

El olor del cigarrillo negro marca "Alfonso XIII", me trae los recuerdos de esas noches con la paciencia de los pescadores y de los paseros con la esperanza de hacerse de algunas ganancias.
Ambas figuras sin de esas profesiones para conseguir un poco de plata para estirar los días, cuando nunca se juntan lo suficiente para saldar las cuentas y las mas de las veces solo para pagar una parte y volver a vivir fiado.

A veces en este menester todos son uno con los otros y como muchas veces ambos personajes, el pasero y el pescador son uno en mi interior donde los abrazo porque nací en una esquina muy cerca a metros de las aguas y conocí el Barrio Obrero profundo en los tugurios de los almecencitos de día y como de pequeñas tabernas de noche para desahogar las penas o contar hazañas de pescadores que no se pueden comprobar.

En noches de lluvia cuando no hay pique cerca de la esquina de la cuadra y los alrededores en las casitas recostadas a lo largo de la orilla crecí mirando y recorriendo los caminos de mandiyú randy y por el
Paú Poi que continúa desafiante al progreso y al tiempo y casi permanece igual, guarda tantos secretos de las primeras citas, el barullo de los escueleros del San José Artesano, de ir a Misa de los domingos, me espera todavía antes de dormir en el fin de los tiempos para contarme de sus tantas historias.
Hernán Benítez Denis

04
Aquellos lugares de mi infancia:

Quedan apenas a una cuadra del Arroyo Ñeembucú y son contadas de entre unas cuantas casas en el Barrio Obrero sobre la calle Alberzoni desde la carpintería de Don Genes y un poco más hasta llegar a la Canchita.
Luego por el Paú Poí se llega a la barranca de Don Ruperto Ramírez, donde hoy está el Monumento a las Madres, y de ahí se puede bajar si las aguas no estan crecidas, por los caminitos entre mandiyú randy.
Pero antes se puede recorrer con temeridad por el bajo de la Escuelita San José Artesano y luego solo se puede volver a subir y llegar por tierra al puerto de Ayala Pato.

Esa cercanía al Arroyo Ñeembucú donde crecí desde la infancia recuerdo el caminar,
recorriendo la ribera y conociendo los lugares tanto en las crecidas como en sus drásticas bajantes, los cambios en los alrededores, como cuando desaparecen bajo agua los caminitos y solo se puede en canoa hacer reconocimiento y pesca cuando no en las orillas.
Es entonces que por agua se puede navegar hacia el este para salir al Barrio Crucecita o llegamos hasta incluso un poco más lejos, siempre en una aventura que se convierte en pandillas de amigos que llegan desde la infancia, adolescencia y la juventud que nos dispersa hacia rumbos diferentes.

La casa paterna está en una arribada parecida a una pequeña colina en la misma esquina, frente a la casa de Don Emiliano Garay aquel inolvidable y bonachón Comisario que venía de la campaña a caballo, desde Carandayty, el lugar que conocí una sola vez con mi recordado amigo de la infancia “Yiyo”, Blás Garay.

Voy al rescate de la memoria de aquellos felices recuerdos de tan buenos vecinos y mejores personas que fueron como nuestros guías espirituales, la familia de Don Garay y Ña Canú, en ese lugar de la esquina de nuestra cuadra en el Barrio Obrero.

En esa misma cuadra cruzando la calle a la siguiente esquina está la casa de mi origen.
La casa de la infancia que recuerdo como un gran cobertizo dividido para dormitorios y un comedor.
Tenía la pared de estaqueo y un corredor hacia el norte con una ventana mirando la Bahía del Arroyo Ñeembucú.
Al lado mismo de esa ventana tenía mi cama y al frente por la pared estaba un nicho como el altar con imágenes, donde por las noches titilaba una vela.

Recuerdo un baúl grande de madera y forrada con chapa de metal, pintada con un fondo rojizo, donde resaltan las florecillas amarillas y que hacía de guardarropa

entre otras cosas.
No teníamos ropero y cama elástica que solo era un entramado de cuero.
Recostado a la pared en la tierra apisonada en un rincón lo que recuerdo había un espejo de medio cuerpo, y en ese lugar eran los preparativos para la fiesta de los sábados a la noche donde se miraban los detalles y se convertía ese rincón en un ajuar que olía a lápiz labial y polvo "Maja" para el rostro.

Los sabados eran las fiestas en la Pista “Mi Ranchito” y desde tempranas horas se anunciaba el baile con la Publicidad "Blanco y Negro" de Amparo Flores, el propietario de la Pista bailable.

Un espejo para el rostro sobre una repisa por un clavo en el horcón, era de utilidad para tener la navaja de afeitar, jabón y brocha de mi papá y al lado por otro clavo colgaba un
tiento se dice?, un cuero alargado como un cinto que le servía para afilar de vez en cuando la navaja de afeitar.

El techo era de tejas de caranday colocado encima de un entramado de tacuaras como canaletas y tapas y no había tormentas que por más fuerte pudiera filtrar una sola gota de lluvia, y vinieron muy fuertes como para hacer volar otros tipos de techo pero lo nuestro aguantaba todas las tormentas.

Hasta hoy se mantiene casi original y cada vez que miro con la practicidad con que se construyó, me vienen los recuerdos de la infancia con esa estética de lo rústico pero hecho con la artesanía de lo más duradero al usar lo que la Naturaleza proporciona.

Es una pena que se hayan dejado de usar en la construcción de viviendas los recursos naturales,fuertes y duraderos, que al parecer no solo construyen nuestro hogar sino también nos transmitían su carácter.

Sigo recordando el Barrio Obrero y la casa del origen cuando las aguas llegaban hasta las calles adyacentes en las crecidas del Arroyo Ñeembucú, silenciosas sus aguas subieron por los patios de Don Valdéz, Don Vallejos, Don Pérez, Don Genes, mientra que las casitas hacia mis amigos Cay'bá, Apache, Saí Soó umia, podrían estar ya inundadas.

Y yo aprendí de esta filosofía de vida para decir que “el hombre reverencia lo que no puede evitar como las inundaciones que en su calamidad, le muestra toda su magnificencia”, y en esas ocasiones es cuando la gente se unen más y hasta en la voz suena diferente la cordialidad”

Por esas bocacalles donde se veían espejos de agua venía rodando la carretilla de Don Ramón Calatú, un personaje el más pintoresco de la época

Venía como quejándose su carretilla de estar descentrado en su eje la rueda.
Pero ese sonido era un canto de una verdadera sobrevivencia a la realidad de la vida.
Un grito en la garganta de Ramón Calatú que le antecede a la aparición de su figura inolvidable como salido de la magia de unos espejos de agua.

Y su voz desde muy lejos me llega hasta aquí como un grito de esperanzas de que mañana a todos nos irá mucho mejor asi como fue en el Barrio Obrero de antaño.
Y que seremos como siempre los amigos de las aguas con el Arroyo Ñeembucú a pesar de sus crecidas.

El Barrio Obrero que conocimos eran estos y de otros aquellos lugares que ya nunca serán iguales como antes.
Pero que aunque invisibles ahora están ahí porque su espíritu vive todavía en nosotros, como son los recuerdos abrigados en el sueño eterno del ayer.
.
Yo seguiré contando de nuestra infancia, la adolescencia y juventud.
Seguiré contando de aquellos nuestros sueños porque estoy seguro son los sueños de muchos y que ninguno de nosotros, los sobrevivientes de ese tiempo, sus recuerdos queremos verlos desvanecer olvidados en el tiempo.
Hernán Benítez Denis

05
La Bahía del Arroyo Ñeembucú

En el marco de la ventana que mira al norte hacia la Bahía del Arroyo Ñeembucú, cada mañana lo cotidiano se vuelve extraordinario e inolvidable desde aquella casa ubicada en la colina, se despliega un fantástico escenario ante mí con imágenes y sonidos de la vida de la gente en sus labores cotidianas.

En los claros amaneceres puedo ver hasta muy lejos por encima del techo de la casa de Don Vallejos al divisar el puerto de Ayala Pato con sus movimientos de canoas.
Canoas que van, canoas que vienen, están pasando la gente hacia la otra orilla, el Barrio Guaraní o llegan al puerto de Don Ayala Pato para ir al Centro, en el "Piso de las Carretas", aquél antiguo Mercado al aire libre a hacer las compras y o tal vez vender sus mercancías como los huevos caseros.

En toda la extensión de la orilla y en sus respectivas playitas de arena ya se ubican las lavanderas y cada una cerca de sus tablas de lavar las ropas en las aguas limpias del Arroyo Ñeembucú.
Y yo escuchaba el retumbo del macerar de las ropas al golpear con una

paleta de madera, se repiten en ecos hasta las cuevas, fueron dos, que estaban semi ocultas en el "Escuela bajo", como escueleros del San José Artesano, mitaí akahatá en los recreos, aunque prohibidos, nos tentaban a descubrir "sus misterios ocultos en lo profundo", donde se decía que había "el plata ybyguy", listo para el mas temerario y valiente en entrar.

Las coloridas prendas ya estan en el sol en la orilla, luego del "ombua ruru", se hacen reposar, salpicadas con agua y jabón de lavar por esas manos de mujeres fuertes, "jhá upei oipokyty, jhá ombo kuarahy ta para secar"
Las volveré a ver por el caminito cuando de a poco suben con las prendas lavadas llenando sus latonas sobre la cabeza.

¿Y cómo podré describir el ánimo de los pescadores de profesión cuando salen de su casa al despedirse de su familia en un atardecer de un domingo cuando llega la noche, o cuando regresan luego de varios días de ausencia, cansados, barbudos, pocos felices aun con abundancia en la pesca que venderán de a poco y a muy bajo precio?.
Rescato sus vivencias como un muestrario de luces y de sombras de un pasado que ya se fue.

Las señoras que van a mercar en el Piso, ahora el Mercado Municipal de Pilar, se saludan con Ña Eusebia cuando la encuentran ya ancianita y ha dejado de remar dejando la posta a su hija.
¿Mbaeichapa ne koé? Ña Eusebia
, iporante, há nde avei Ña Pablita. Y conversan animadamente de los tiempos pasados.

Y fueron tan únicos esos momentos, que basta un instante para comprender cómo, un pintor invisible extiende su lienzo y pinta, una y otra vez, una obra maestra de los días y noches en aquellos lugares inolvidables.

En la época del año en que los tiempos son brumosos, el vapor que sube de la superficie tibia del agua, por la mañana neblinosa no me deja ver la Bahía natural del Arroyo Ñeembucú.
Todavía un poco más y sé que habrá buen tiempo cuando aparezca el sol y la niebla será despejada para caer como un fresco rocío sobre las plantas del jardín de mi casa, que queda en una colina apenas a 25 metros de la orilla.
Mientras, desde la ventana que mira al norte, solo escucho los ruidos de remos con murmullos de voces apagadas y estoy contento con emociones que me embargan con solo ver los altos árboles que emergen de entre la niebla.

Los días de lluvia renuevan la arena de la esquina de la cuadra y me dan ganas de salir a jugar cuando ya ha dejado de llover de todas partes los mitaí, queríamos ser los primeros en pisar la tierra húmeda que se hunde al escurrirse entre mis pies desnudos en el agua estancada con fondo de arena, y a los mitaí, como yo, todos descalzos retozando sin miedo al "pý seboí" que sin falta se siente el picor y no nos dejaba dormir.
No recuerdo como se curaba.

En los claros amaneceres veo muy nítido hasta la otra orilla de la costa hasta allá
donde el monte llega a toparse con el canal, los árboles muestran sus raíces desnudas por la erosión y sus grandes ramas se recuestan sobre el Arroyo Ñeembucú donde se mueven entre gruesas lianas de "ysypó".
Íbamos intrépidos hasta allí a trepar, nadar y saltar en el peligroso canal entre los remolinos, jugando a ser todos, "el tarzán de los monos".

Los rayos del sol empiezan a destellar sobre las aguas y por un instante se refleja en la piel de lentejuelas amarillas de un dorado que da un perfecto coletazo en el aire y se sumerge de nuevo.
En un solo salto acaba de exhibir un clavado de estilo, el brioso ejemplar codiciado para las anécdotas del pescador.

Los patillos migran como puntas de flechas lanzadas una tras otras en el cielo. Qué elegantes organizadas y sincronizadas se ven al pasar sobre mí en oleadas van hacia el sur y no puedo evitar que me emocionen su emigrar, como si ya quisiera volar yo también.
.
Allá todavía un poco lejos, vienen acercándose una bandadas desordenadas y ruidosas. Parecen desorientadas y cuando se acercan veo que son loritos conocido como "ñanday", con sus cabecitas negras las veo al pasar.

Los camalotes verdes oscuros navegan flotando en grandes islotes en las aguas del Arroyo Ñeembucú llevando de pasajeros a los aguapé asó.
Llegan desde muy lejos siguiendo el curso impetuoso de la corriente del canal desde el este.
Y se separan al cambiar de curso en la Bahía, y quedan varadas en la orilla formando los camalotales.
Nosotros limpiamos al retirar para dejar un espejo de agua frente a la playa de arena para bañarnos.
Y recuerdo haber admirado de los camalotes sus liláceas flores matizadas con el color blanco, me gustaba admirar desde cerca entre los arbustos de mandiyú rá, que gustaban de crecer en la costa por la humedad y los

charcos.
En varias ramas del mandiyu randy se llenan de “rosados yuí rupiá”.

Los mbiguás aparecen en toda la Bahía donde se zambullen y salen aquí y allá en el agua alimentándose, están pescando y cansados de la pesca, de tanto comer pescaditos, se quedarán inmóviles como negras y brillantes estatuas de piedra con las alas desplegadas secándose al sol.

Arriba un solitario martín pescador vibra con su cuerpo casi invisible con sus alas a se sostiene en el aire, y no falla cuando se lanza en una sola zambullida sale y lleva en el pico al infortunado pescadito que deja caer sus últimas gotas de agua vital.

En pocos minutos se repite ante mí el maravilloso círculo o ciclo de la vida que es un espectáculo asombroso que ofrece la Naturaleza en cada instante.
Y conoceré yo de todo esto que escribo, porque desde mitaí andaba con mi anzuelo de alambre y canita con masa para mandií, pescando por la costa.
A veces solo me contentaba vagar descalzo por la orilla y llegaba hasta las cuevas bajo el barranco de la Escuelita para poner ñuhá karapá y por allí me animo a entrar en una cueva para rescatar su tesoro y ser rico para siempre.
Pero no me animo

Pero más que nada, yo solo quería observar todo lo que pasa a mi alrededor y conservar mi ingenuidad en la inocencia de que nada me falta porque solo me gustaba ir en solitario, reteniendo las vivencias de cada lugar, como pescando en cada lugar sus secretos en imágenes que guardaba en la memoria sin saber que llegaría un día a escribir de estos tiempos ya lejanos.

Son los recuerdos de la infancia, la pubertad y la juventud, por donde todo pasaba y todo quedaba, y seguirán estando allí, en esos mismos lugares tan cambiados por el progreso humano.
Pero seguire escribiendo de sus espíritus como de páginas sueltas en un diario de la vida no escrito del todo, desde los cuadernos guardados en la memoria al transcribir.

En las aguas del Arroyo Ñeembucú, en las casitas recostadas en su orilla, por
el Barrio Obrero del ayer, la esquina de la cuadra, el Pau Poi cercano, la Escuelita y en todos los lugares que hemos conocido, todavía se guardan los tiempos de cada uno de nosotros, de los amigos y amigas de la infancia para seguir contando.

Y son nuestros aquéllos tiempos que duermen en el lecho acuoso del Arroyo Ñeembucú, soñando en un eterno retorno.

Todas las veces que yo pescaba a los piky de blancas y brillantes lentejuelas y a las coloridas mojarritas, devolvía al agua a estos pececitos que me parecen tan perfectos como parte de los lugares desaparecidos hoy.
No los retengo en vida y como en estas letras dejo que vivan en libertad para que así vuelvan una y otra vez hacia mí como los recuerdos.
Y luego se irán como peces que se escapan de mis manos.
Pero los volveré a pescar en el marco imaginario de una ventana que mira hacia el norte, cuando estoy recreando la Bahía que estuvo en ese lugar.
Hernán Benítez Denis

06
Recuerdos de la ventana que mira al norte

"Ha caído la lluvia toda la noche y a estas horas casi amaneciendo, en esta esquina de la cuadra sigo escuchando la correntada que se precipita en el muro de contención".
"Masas de agua con arena de las calles van hacia el bajo del Arroyo Ñeembucú".

-Un amigo de la infancia, conocedor de cómo me expreso sobre las nostalgias del pasado, me envió unas fotos de la inmensa cantidad de arena extraída del lecho del Arroyo Ñeembucú-.

"El Arroyo Ñeembucú, impredecible y libre, con el que habíamos aprendido a convivir, ya no será lo mismo como antaño".
"De lo naturalmente hermoso que queda, poco a poco va sucumbiendo a lo artificial".

-Esas arenas acumuladas en la ribera será un Parque Lineal como un largo muro, y supongo que habrán playas sobre lo que será, un nuevo Arroyo Ñeembucú.
Técnicamente hablando, será un Canal del Ñeembucú en esta parte. Controlado, manejable y domesticado por el hombre-.

"Las huellas de nuestra infancia, grabadas en la arena, que las lluvias llevaron al lecho del Arroyo Ñeembucú, se borraron con las correntadas en las esquinas de las cuadras y, fueron como partículas de recuerdos".

"Más ahora, esas mismas arenas son las que vuelven del lecho profundo de los sueños, desde el fondo del Arroyo Ñeembucú, para ser pisadas de

nuevo, pero en otros contextos".
"Que un día, todas las arenas de nuestra infancia volverían a salir con "el progreso", esa es nuestra victoria final".

"Y aunque ya han tapado esas cuevas en el Barranco de la Escuelita San José.
Donde bajábamos a pesar de las buenas maestras de entonces.
Esas cuevas nos enseñaron a dominar los miedos y fijarnos en temperamentos útiles".
"Ninguna de esas cuevas serán tapadas de la memoria.
Ninguna modernidad podrá jamás suplir el Santuario Natural que conocimos".

-Y sigo recordando-.
"Cuando pare la lluvia, gran cantidad de arena se quedarán aquí en el murito de la calle Humaitá, ahí donde termina, en la intersección con la calle Alberzoni, es la esquina de la cuadra de nuestros juegos de la infancia".

"Siempre que cae la lluvia nos dejan como regalo mucha arena para jugar, hasta que llegan otras lluvias y llevan nuestras pisadas hasta el lecho del Arroyo Ñeembucú".

"Son esas mismas arenas que hemos transformado en caminitos, donde los camioncitos de latas de sardinas pasan
tirados con hilos, entre las casitas con palitos y ramas.
Donde agarramos los sapitos para pasearlos y luego metemos entre las ropitas de las niñas, para un gran alboroto de risas infantiles
Y fue porque Juntos Crecimos, los niños y las niñas, jugando en la arena".

"En ese muro era la fiesta de los mitaí por el montón de arena que trajeron los raudales.
Un grupo jugará al cinto cañy y otros gritarán ¡¡libertad!! tocando la columna de caranday".
El "pasará pasará el último quedará" se escuchará y, ..¡¡ Shaque!!,..las pelotas de trapo pasan zumbando y, todos nos vamos corriendo detrás de los perros del vecindario, que se prestan a esos juegos".

"Los vecinos salían en las aceras para mirarnos, cuidarnos y divertirse también. No había tv ni cel más que esa sana diversión".
"Y arriba nuestro, un farol movido por el viento su cono de luz se proyectaba en la arena y nos dibujaba. Fuimos caricaturas en movimientos, como sombras infantiles, de ese tiempo tan feliz".

"En esta parte del Barrio Obrero hemos convivido desde que nacimos como parte de todo el vecindario de las casas cercanas. Tuvimos como testigo la Bahía del legendario Arroyo Ñeembucú, tan nuestro, tan guardador de nuestras ansias juveniles, tan impredecible como éramos nosotros".

**Fuimos con el Arroyo Ñeembucú, amigos y cómplices de muchas aventuras juveniles y, allí en sus playas de arenas y aguas tibias,
hemos sentido el pulso del palpitar de la vida.
Nos bañamos en la sensualidad de nuestra juventud. Y luego, dibujó nuestro cuerpo en la arena".**

"Sus lodos en adobes se moldearon y se hicieron ladrillos. Hicimos miles de bodoques para las pandillas. Y nos dio una identidad que no se iguala ni se compara con ningún otro lugar".

"Y ya nada será comparable a la magia de haber nacido y crecido aquí en este sector, al lado del Ñeembucú bajo como Barrio Obrero gua. Por esa infancia vivida en las décadas del 60 hacia adelante, en este Santuario Natural".

**-Privilegiados de la vida ya nos vamos yendo y queda solo agradecer a estos lugares y a la gente, nuestros mayores.
Esa gente que si las nombro, no podré terminar el escrito, por las emociones.
Agradecerles por cuidar de nuestra infancia, y algo más, por el ejemplo que nos dieron al hacernos felices con tanta humildad-.**

**"Durante algunas horas seguirán llegando las aguas hasta el murito y apenas pase la tormenta los mitaí descalzos de la cuadra, nos encontraremos en la calle tirando papelitos, maderitas o cualquier objeto que flote en la correntada.
Jugaremos al marinerito o al capitán de los barquitos de papel, al que le seguimos de cerca desde arriba, hacia aguas abajo, por la corriente del raudal".**

**"La tierra húmeda ya no podrá absorber las aguas, dejarán varias calles por varios días, con verdaderas lagunas a sortear, al caminar por allí.
Y a muy pocos recuerdo haberlos visto que tenían botas de goma, casi todos iban al desnudo los pies, excepto los fabriqueros que en sus bicicletas "Hércules", van a trabajar".**

"Por las noches todo este lugar del Barrio Obrero cercano al Arroyo Ñeembucú, será un animado concierto de ranas y sapos que estarán de

fiesta cantando su rutina en la humedad de los charcos".

"Por ahora sigo mirando desde la ventana hacia el norte, y dentro de un rato me voy al alero de la casa que es la cocina. Ya huelo el cocido quemado con cueritos".
-Décadas del 60 como olvidarte-.

"Sentado sobre una silleta al lado del fuego a leñas, un estrebe de hierro y una pava negra con vapor humeante.
El mate pasa de mano en mano luego de cada cebada y deja todo el aire de mi alrededor, con olor a remedios yuyos".
Hernán Benítez Denis

Comentarios de lectores:

Mithy Fabio
Qué espectacular relato! Felicitaciones. Gracias por tanta belleza en los recuerdos de infancia!

Pilar Montiel
Que mente tan brillante para recordar y relatar tan bellos momentos e historias vividas □□□□□□

Albariño Mario Rodolfo
Si momentos imborrables,que pasamos nuestra infancia, felices que quedará en nuestras mente por siempre gracias por ilustrar esos momentos. Únicos!!

Isabel Valdéz
Felicitaciones...por darte Nuestro Padre la sabiduría de relatar imborrables recuerdos…

Isacio Mauricio Acosta Jiménez
Hermoso recuerdo de un tiempo con su bello paisaje que queda perenne en nosotros y forma parte de nuestros sueños y emociones de mita i o mitacuña i

Clotide Sánchez
Me refrescas la memorìa y de la profundidad del cerebro rescatè tantos fin de semana que desde mi querido barrio Villa Paso nos ivamos con mamà a visitar a su hno Tio Peru, (Pedro, tu padre)...y jugàbamos en la arena de la esquina...y el temor a los sapos que en un sapy'àite metían dentro de la ropa, y era el griterío y llanto ...y aparecìa tio o tia a intervenir y retar al malhechor...

El cocido y los chipa cuerito tipo oreja de elefante fritados con aceite argentino eran nuestros manjares....Gracias Nancho por escribir y hacer revivir lo màs lindo de la niñez, en esta semana del niño paraguayo

Isacio Mauricio Acosta Jiménez
La primera vez que leo del atrevimiento de los sapos

HBD
Sapo atrevidos eran, ..ja, ja, ja..

María Muñoz
Hermosos recuerdo de nuestro querido barrio obrero y el arroyo Ñeembucú..felicitaciones por tan lindos recuerdos..

Rubén César Rivas
Que calido relato lleno de reminiscencia que nos transporta al tiempo mas feliz de nuestras vidas.Gracias por tan brillante escrito.

Félix Rafael Rojas
Excelente escrito Hernan Benitez Denis a pesar de que no soy de pilarense

Gladys Gaona
Que belleza el relato y que hermosos recuerdos reminiscencias de un tiempo que ya no volverá,
Muchas gracias por tanto .

Mirta Román Duarte
Que lindo relatando recuerdos de un tiempo que no volverá y me emociona recordar, gracias

Vivian Raquel Martínez Medina
Hermoso Relato Señor Hernán Benítez Denis Un Abrazo

07
El Mirador Natural y Monumento a Las Madres.
Homenaje a Ramón Vazquez “Ravaz”

En una ubicación privilegiada, el artista pilarense Ramón Vázquez, “Ravaz”, conocido con este seudónimo, ha erigido en el Barrio Obrero un Monumento dedicado a las Madres.

“Ravaz” ha dotado de esculturas coloridas y hermosas las Plazas y Avenidas principales de la Ciudad de Pilar.

Sus obras también se inspiran en escenas históricas, en la Flora y la Fauna de los Humedales.
En realidad su arte no tuvo límites.

Fué escultor, además pintor de cuadros, de murales, escritor, incluso yo lo conocí en su faceta de talentoso actor de teatro, y recuerdo sus magníficos decorados como escenografías.

El antiguo barranco a pique de ese lugar es al que hoy llamo un Mirador Natural, y al que sigo nombrando en muchos escritos como el mejor lugar de observación desde los tiempos pasados, de la Bahía de aquellos tiempos idos en el entorno que vivi la infancia, adolescencia y juventud, hasta que luego tuve que salir de Pilar en la búsqueda de nuevos horizontes.

Con el Monumento dedicado a las Madres, esos lugares hoy tienen el aire sublime por el Homenaje y recordación de las madres, que por el solo hecho de nacer mujer, todas tienen sentimientos maternales.

El Monumento a las Madres las eterniza para siempre plasmando los agradecimientos de hijos e hijas, por el amor a la vida.
Como solo Ramón Vazquez, un artista pilarense conocido por el seudónimo de “Ravaz”, lo supo plasmar con su calidad artística sensitiva, delicadeza y mucha ternura.

Para mí sigue siendo un lugar para la evocación de los recuerdos, y para mirar dentro de uno mismo viajando hacia la memoria de una época que pasó, tal vez, añorando aquel entorno natural que se configuró como la Bahía del Arroyo Ñeembucú, cuando este lugar, alto y amplio, -fue un descubrimiento que hice siendo un escuelero-, yo me quedaba extasiado aquí por un paisaje bello, salvaje y descomunal, extendido hacia el este, me quedaba mirando hasta dónde se puede abarcar con la mirada, cuando este lugar era un barranco a pique, de aquellos tiempos idos.

Con este nuevo entorno erigido como la defensa costera, y que no se si tendrá playas artificiales, parece que si, por el refulado de arena, estaría contemplado como proyecto final de un antes libre y de por sí dinámico Arroyo Ñeembucú, hoy cuenta con dos compuertas para el manejo hidráulico de las aguas, de por medio se hizo una “derivación” como canal para que las aguas “sobrantes” se descomprima yendo a descargar al Río Paraguay por el Arroyo San Lorenzo, tratando de comprender y explicar la parte técnica.
Y ya escuche lo que no me gusta en absoluto, que le dieron otro nombre al verdadero Arroyo Ñeembucú que conocí, y que suena muy triste como que será un Vertedero de aguas residuales y lo cuál no sería otra cosa que una cloaca al aire libre, sin no tiene planta de tratamientos de aguas servidas.

Veremos.

Por ahora el Arroyo Ñeembucú, no tiene ni las reminiscencias de lo que fué en el pasado desde que se mutiló todo el antiguo cauce con el desvío, y esta parte que fuera la antigua Bahía con su majestuosa belleza natural está muerta llena de yuyales altos.
Es muy triste.

Por el Paú Poí se llegaba a este lugar dónde comienza o termina la calle 14 de Mayo donde me encuentro conmigo mismo retrocediendo en el tiempo, y tal vez de aquí me vaya a caminar y recordar como era la Canchita antes de que se convierta en un Parque con una estatua o busto que le dió nombre con un “tufo que huele a politica partidaria de un lugar público se convierte en ocasiones un lugar de concentraciones.

O mejor me voy a buscar donde mirar hacia la otra orilla el Barrio Guaraní, el lugar exacto dónde antes se cruzaba en canoa por el puerto de Ayala Pato con el servicio tradicional de paseros las 24 horas, de ambas leyendas en esa labor, pero Don Ayala Pato y Ña Eusebia, tampoco ya están.

Por aquí venía remando su canoa desde el Barrio Guaraní Silvestre Cespedes, mi compañero de la Escuela San José Artesano, y nosotros le llamábamos y animamos a gritos cuando debía vencer al brioso canal de aquellos tiempos.

Cerrando los ojos puedo todavía ver en la imaginación en estos este lugares del Mirador Natural en el tiempo de ayer, hoy Monumento a las Madres, retrocediendo décadas habré llegado hasta el origen del tiempo de mi infancia.

Todo converge en este pequeño Anfiteatro al aire libre donde hay indicios todavía de sus icónicos lugares y son sus nombres que nos llenan de nostalgias por los recuerdos guardados en el Paú Poí, (el caminito angosto de los escueleros y los vecinos de apenas 1 metro de ancho y 30 de largo), para acortar la distancia y de paso “vichear en las ventanas abiertas” o las puertas que nos abren a una intimidad propia y particular que de privada pasa a ser público.
Hay que llenar de placas recordatorios para que miles de anécdotas no se pierdan como los “casos de búsquedas del “plata ybyguy”, que escuché.

Lo más emblemático que aún queda en el lugar es la antigua casa de los Ramírez, y ojalá se mantenga así donde creo verle a Tato y a sus hermanos quiénes nos enseñaron a nadar tirándonos como sacos de papa al agua, y salíamos con el “estilo yaguaí nadando”.

En este patio de los Rámirez que fue al principio una Pista bailable, no recuerdo su nombre, allí vi el primer Cine mudo.

Y una película de terror que varias semanas no me dejó dormir en verano bajo el mangal, me venía “el hacha que salia de su estuche y volaba para matar gente”.
Juro que a mi gato “Marino” que hacia su recorrido nocturno y cuando se le antoja en plena noche de luna llena blanca, al lanzarse sobre mimosquitero para entrar, le confundía con la hacha asesina.
Son recuerdos verificables.

Luego que la familia Ramirez se mudó a Asunción, se convirtió en la Casa Parroquial de la Iglesia y la Escuela con el el mismo nombre, “San José Artesano”.
Por aquí recuerdo al paí Manolo y a León Yegros y los grupos de Catecismos y los primeros acercamientos al sexo opuesto, con el despertar con la timidez propia a la pubertad.
De las entradas gratis para el matiné de de los domingos en el Cine Parroquial.

El Paú Poí continúa resistiendo al progreso, y sigue casi igual no ha cambiado, solo que ahora tiene adoquines como piso en vez de tierra.
El Paú Poí guardará para siempre los secretos de encuentros en las citas que se daban los enamorados a escondidas al caer la oscura noche, en este atajo ideal y muy angosto para el amor prohibido.

No sabemos cuánto tiempo más resistirán a los cambios en nombre del progreso porque la Costanera es una defensa en realidad para evitar las grandes inundaciones como la del 83 que tomó a toda la Ciudad de Pilar justamente hoy hace 42 años de ese hecho histórico que los pilarenses recuerdan entre el dolor y las miles de anécdotas.
Por tanto la defensa como Costanera es justificada aunque desdibujó todo el paisaje natural, ya no existe más la Bahía que guardé en mi memoria.

En el año 1997 estuvimos un año en Pilar por trabajo y conocí al señor Don Julio Contreras.
Fui a visitarlo y si mal no recuerdo, su misma casa fue el lugar donde esparció las semillas de sus sueños, del amor por La Preservación de la Fauna y Flora y los Humedales del Ñeembucú.

Me fui para conocerle y con las primeras palabras, luego de los saludos iniciales y de presentaciones, me percaté que estaba frente a una persona con muy altos ideales.
Su visión abrió mis ojos a algo inesperado para mí.
Tenía en marcha un trabajo de concienciación con la "Asociación de Hombre y Naturaleza", para la preservación de las riquezas naturales por medio del conocimiento de la
a Fauna y la Flora de los Humedales del Ñeembucú, declarado Patrimonio Universal de la Humanidad.

Y me vine de la casa del señor Contreras, como una persona diferente, porque me trastornó su charla, para ser un fiel intérprete de sus sueños y de su visión de la Naturaleza.

Creo que Ramón Vazquez “Ravaz” con sus obras y su andar por la vida como una persona sensible como todo artista se merece los homenajes de recordación, y al pensarlo, cierro este capítulo del Monumento a las Madres de su inspiración más sublime como un hijo dilecto de Pilar nuestra Ciudad, Capital de los Humedales del Ñeembucú, también madre de todos los pilarenses y residentes allí por adopción, y de los esparcidos por el mundo quienes hemos emigrado.
Hernán Benítez Denis

08
Iglesia y Escuela San José Artesano Editado

En aquellos tiempos de escuelero, mi Escuela con el mismo nombre, San José Artesano, el
El Santo Patrono del Barrio Obrero también era la Iglesia.
Aquí cada sábado a la tarde se respiran dos aires en simultáneo, lo profano y juvenil con la religiosidad.

Según el ambiente de cada movimiento, en acción los grupos de Cursillos de Catecismo, para monaguillos, orientación para jóvenes, charlas de preparación para matrimonio, de Confirmación y Bautismo, sólo por nombrar algunas actividades.

El frente de la Iglesia-Escuela, era de un verde pastizal, y yo recuerdo los domingos por la mañana cuando me iba con mi madre a escuchar la Misa.
Los pupitres se convertían entonces en los bancos de madera donde la gente se sienta para los actos culturales o religiosos, según la convocatoria de aquellos tiempos.

En la Misa de los domingos la multitud no tenía cabida en las tres alas del edificio que estaban colmadas con devotos que se quedaban afuera, estaba al tope desde la entrada principal sobre la calle 14 de Mayo.
Y más y más feligreses que llegaban con mucha devoción.

En aquellos tiempos se sentía el deber sagrado de participar en familia cada domingo a la Misa, y se hacía con mucho fervor con las mejores galas, se tenía como la primera fiesta dominguera como los encuentros que se daban entre vecinos.

Por parte de la feligresía, no había otra mejor manera, (más allá de un ritual), que comenzar
el día más festivo de la semana yendo a la Iglesia.

De hecho que “la Iglesia” no es la estructura de cuatro paredes, sino la congregación misma de las personas.

El Presbiterio o Altar donde los Sacerdotes ofician la Misa, es la parte central donde convergen las tres alas que ocupan los feligreses en la Iglesia San José Artesano al que me iba, lunes a viernes como escuelero, los sábados por la tarde a los Cursillos de Catecismo y los domingos por la mañana a la Misa como un mitaí impenitente y akahatá.

El ala de la parte sur estaba reservada para la Sacristía y allí es donde se guardan los objetos del culto, en un espacio privativo,nen ese lugar se visten los sacerdotes y los monaguillos un poco antes de salir para la Celebración de la Misa, y es conocido como el Presbiterio.

En ese entonces la Misa se hacía en Latín, pero eso no opacaba la devoción de los feligreses que si bien nada entendían, solo la parte en español cuando el Paí nos retaba y se quejaba en la Homilía, donde nos confirma que somos pecadores indignos de la Hostia encarnada y sagrada que en ese momento central de las campanitas y donde se agachaba la cabeza tres o cuatro veces, pero yo miraba de reojo lo que ocurría en el Altar y a mi costado(para encontrarme con la mirada de ella, que por ahora eramos cómplice en los pecados por el Paú Poí de los secretos y merecedores de quemarnos en nuestro propio fuego, o tal vez la palabra mas adecuada seria “nuestro propio juego”.

Y que importan las “amenazas que iremos al infierno, segun el Paí, que no sabe de corazones encendidos y que por amor somos pecadores impenitentes”, de hecho nada saben.

Lo mejor para nosotros es cuando se presagiaba el final de la Misa al escuchar "Dominus vobiscum" (El Señor esté con vosotros).
Me pone eufórico el saludo final de la feligresía que responde "Con tu espíritu", para que salga corriendo a jugar a la pelota en la Canchita, antes me despido de ella.

Allí jugamos un partido soó con mis amigos un buen rato, descalzos en el rocío del pasto de la mañana y luego al volver a casa, porque ya tenía como tarea la limpieza del patio que me tenía asignado “karai Perú”, mi papá.

Don Pedro nunca iba a misa y era un señor muy estricto que hablaba poco y pegaba fuerte con su cinto de cuero, pero que en el fondo fueron las lecciones para la vida, de su parte, y que se basaba, según él aprendió en el rigor y la disciplina sin tener en cuenta hablar de una predisposición como “la buena voluntad” de hacer.

Recuerdo la Fiesta Patronal del 1ro de Mayo en honor al Santo Patrono San José Obrero y Artesano.

Las emociones comienzan de madrugada con “el bomba pú conocido como Diana Mbayá”

Las calles por donde irá la Procesión hace unos días que están adornadas y se entrecruzan con los banderines multicolores a cierta altura sobre calle por donde pasará la Procesión y la muchedumbre seguirán al Santo cantando y por un momento mágico de sublime conexión espiritual se olvidaran de sus penas y sus problemas personales por un cierto tiempo porque hay fiesta en el Barrio y era la más popular de Obreros, en cada 1ro de Mayo.

Sigue la feria de comidas, sortijas a caballo, ybyra syy(palo enjabonado), y carrera bosá.
Hay cóctel bailable de estudiantes en un salón cerca del Almacén de Don Armoa.
Y a la tarde habrá un reñido partido de fútbol entre 1ro de Marzo y 3 Corrales, equipos muy populares del Barrio.

En las casas ya se habrá terminado de comer el almuerzo de gallinas caseras como tallarín con sopa paraguaya al tatakua y yo de nuevo me iré a buscarla para estar juntos en algún lugar.
Hernan Benítez Denis

09
Aquellos lugares, las vivencias y las tareas de las lavanderas:

Por la mañana van bajando por los caminitos y senderos las lavanderas, éstas mujeres muy sacrificadas que ocuparan su lugar en la orilla para llevar a cabo la tarea del lavado de ropas.

Son mujeres de todas las edades, jóvenes y maduras, algunas casi ancianas pero fuertes y todas conocidas entre ellas en el vecindario de las cuadras aledañas.

Llegan y conversan con la de al lado, yo las escuché y todavía me suena en la memoria esas voces.
Pasarán horas y horas bajo el sol calcinante,
mientras lavan y se contarán de las novedades del Barrio Obrero, esas que son medio secretas y las mas candentes del momento.

Saben de todo lo que ocurre en esas cuadras cercanas donde viven e incluso lo que pasa en los otros barrios, pero más se ocupan de las noticias de aquí cerca, que amplifican con sus voces como “las novedades” que ya se conocieron en los Almacenes de Barrio, y aquí son mas escabrosas en los detalles.

Bullen los rumores entre ellas, hablan en Guaraní con todos sus detalles, y son como los noticieros de la noche, tan gráficas como los noticieros de la televisión de ahora que en esa época no existía aún.
Y son ellas las lavanderas las páginas abiertas de la vida misma, y las están hojeando como leyendo en voz alta.

Hablan sin distinción y no saben de reproches, por nada, ni para nadie, entienden que no enjuician a nadie, solo dicen que la vida siempre fue así y así seguirá siendo, en ese tiempo algo solapado y escondido pero que vendrán "tiempos" en que todo será en plena luz del día y nadie se molestará.

Algunas señoras con su cigarro poguasu en la comisura de los labios, mascan entre los pocos dientes que le quedan, mordisquean el tabaco, no prenden todavía, hablan y se ríen entre ellas, mientras, postergan a propósito, como si fuera la previa de algo mucho mejor, para empezar a fumar.
Es un acto como de un ritual que lleva su proceso para encender "el cigarro poguasu" y conoceré el suave "olor dulzón del tabaco" y el humo que se eleva.

Cada tanto escupen como sus risas que son cada vez más fuertes, tan fuertes que me llegan desde la memoria y me llevan hasta ese tiempo en la ribera de un Arroyo Ñeembucú al que tan solo ahora puedo llegar imaginándome, y sin embargo, aquí estoy como si las estuviera viviendo como ayer, y me veo también en la ribera, estoy con ellas, las lavanderas, como otras veces, las vi desde lejos cuando las miro a mis "amadas lavanderas" desde ese lugar alto, un barranco a pique al que llamé un Mirador Natural.

Mujeres laboriosas y humildes, que como queriendo conjurar con alegrías no fingidas, su vida y lo incierto de su destino, son felices, me consta en medio de la incertidumbre de la vida..

Me llega hasta aquí en este Mirador Natural, el olor dulzón del tabaco disuelto en el aire que me trae el viento noreste como de esas bocanadas al cigarro poguasu para sacar como humo que se dibujan para ver desde lo lejos.
Y a mi me gustaba el olor embriagante del tabaco, y más de una vez, sin que nadie me vea, las imitaba en solitario con un "cigarro poí" que usaba Ña Mariaí, la abuela de Kiko Domínguez, el que fumamos a escondidas en la Canchita.

Mientras friegan y friegan las ropas, golpean sobre una tabla con una paleta de madera.
Golpetean y el eco del golpeteo llena la Bahía con los ecos que recorren por los barrancos.
Los ecos entran en esas cuevas del bajo de la Escuela San José Artesano, salen y van hacia Ayala Pato.
Huelo el jabón marca Pilar en las coloridas ropas extendidas al sol.

Desde aquí las veo y reconozco a esas mujercitas que las acompañan, algunas son todavía muy niñas, y otras son jóvenes y lindísimas, algunas de donde entramos en la Escuela San José Artesano, y juntos crecimos en la cuadra de la esquina y sus alrededores.

Veo mujeres muy jóvenes, quienes por alguna razón deben sustentarse los días y los meses, tal vez años con esta ardua faena de lavar las ropas ajenas, y son madres solteras que solas deben enfrentar la vida y un destino mucho mas incierto sin poder acertar la suerte que marque un nuevo rumbo con esperanzas.
Las han resecado la piel y en el rostro llevan surcos de muchos soles, pero siguen siendo muy guapas y hermosas.

Las he visto desde la ventana de mi casa que mira al norte, bajando por el caminito entre los mandiyú randy, por el costado de la casa de Don Vallejos.
El Barrio Obrero de bellas muchachas, allí están, porque se acostumbran a irse a la orilla para ayudar en la faena a las madres lavanderas, una abuela con su nietas que van juntas y aparte de ayudar en algo, parecen más hacerles compañía y divertirse con toda naturalidad se comportan sin conocer el pudor o la vergüenza entre tanta inocencia va creciendo…y aprenderán.
En la orilla se juntan entre ellas, se aconsejan y se ríen, están aprendiendo a compartir sus intimidades, como mujercitas que son.

Y nosotros crecimos hasta llegar a esa informalidad propia de la edad de la juventud que disfrutan los nuevos aires de libertad que llegó a inicios de los años 70, sintiendo
en la piel la sensualidad de sus aires de libertad y de cambios.

Se levantan las faldas en la orilla para entrar al agua, no disimulan y hasta es natural mostrar sus muslos, y algo más, al entrar al agua con su ropa puesta y que luego mojadas, se les pegue en la piel, y son como las esculturas de bellezas agrestes, morenas o rubias con largas cabelleras.
Y las había blancas y trigueñas.

Desnudos los pies juegan con el agua, se corretean y se salpican, levantando aún más sus faldas, se sumergen.
Al salir dejan ver los contornos de su cintura, de sus curvas como ruta peligrosa y fatal, dónde nosotros, nos perdamos en la mirada y con la timidez.
Jugaremos carrera para hacernos ver capaces ante ellas y ellas se ríen hasta dónde muy pocos se animan a llegar..
Las acompañamos siendo muchachos, entre inocentes algarabías todos juntos entre ellas, casi jugando somos todavía los varones, unos adolescentes y perdedores.

Esas jovencitas que encantan con su inocencia, con sus bellos rostros y sus cuerpos bronceados, ya despiertan pasiones y conste, en ese entonces todavía era
muy niño todavía, solo que tal vez, algo imaginativo y muy precoz.
Escucho sus risitas pícaras cuando comparten secretos entre ellas, los chismes y novedades con el fulanito ese, o el muchachito aquél.
Pero yo soy ese tímido al que le gustan todas y a una más que a todas, pero ella ni me mira y yo no me animo, tal vez le haga saber sin que se me rían. Pero todas se ríen cuando me ven.

Se cuentan entre ellas de nuestras miradas furtivas y de los intercambios de esquelitas en la Primaria.
Son experiencias son mas tempranas, mientras que ese despertar, se dará en otras, recién en los primeros Cursos del Colegio.

Se cuentan de los primeros encuentros y los besos furtivos en los pasillos.
Besos que no son besos por lo apurado y que apenas serían un leve roce de labios, pero que los muchachos se cuentan como de novelas.
Y ellas también ya se sienten románticas y a veces apasionadas como que están saliendo con el galán de un Corin Tellado.

Tiempo aquel de las esquelitas, del “mandale saludos”, o de escribir las iniciales en los pupitres, en los troncos de los árboles.
Tiempos de ternuras compartidas, que empieza desde lejos, y basta con apenas mirarnos por un instante, para que se nos abra el cielo.

Tiempos de sobrellevar futuros inciertos, entre llantos en solitario por las noches, en especial con las frágiles niñas.
Y es que algunas ya querían dejar de ser niñas, y soñaron, que una noche al otro día, amanecieron por amor, siendo ya, toda una mujer.

En las aguas de las orillas del Ñeembucú, lavando ropa, sus penas y sus deseos se diluyeron como espumas.
Sus ilusiones son universos de colores, encerradas en las pompas de jabón, van flotando sobre las aguas, y son tan frágiles.

Todas las mujeres de esa parte del Barrio Obrero de aquél tiempo, se han bajado a la orilla para un ritual que se repite.
Es una escuela de la vida, donde por esas orillas van aprendiendo, van creciendo y por donde se empieza a empujar la vida hacia adelante.

Esas aguas del Arroyo Ñeembucú, no deben parar.
No deben dejar de fluir porque representa la vida, aunque ya no como antes, deben seguir como describo en estos recuerdos recuperando en parte aquel fantástico Mirador Natural y la Bahía del Arroyo Ñeembucú que conocí.

Ahora vemos otra realidad y quizás, tengamos que acostumbrarnos al inevitable progreso y que aquellos lugares naturales del ayer, vayan cambiando y desaparezcan para siempre pero la vida debe continuar con nuevos modos de disfrutar y aprender a convivir con lo artificial.
Hernán Benítez Denis

10
La vida nocturna en la Bahía del Arroyo Ñeembucú, el Barrio Obrero de antaño:

Escucho ruidos de remos en las noches
Murmullos de voces apagadas.
Emergen de la oscuridad entre los altos árboles distingo estrellas que titilan entre las ramas.
Con solo ver y sentir esto me pongo a viajar como si estuviera hipnotizado.
Ha llovido mucho en estos días y hay cánticos que duran como si se llamaran a un cortejo
Y ha quedado en el murito mucha arena de los raudales al caer allí vertidos las aguas desde varias calles, ha parado de llover y de todas las casas del alrededor mañana muy temprano hemos de salir los mitaí en la esquina de la cuadra, y a mi ya me dan ganas de salir a jugar pero todavía siento “el py seboí” de lo anterior que no me dejó dormir.

Y queriendo ser entre los primeros en pisar la tierra húmeda que se hunde al escurrirse los pies descalzos en los charcos de agua, como todo mitaí de antes, no me quejo de nada para retozar por allí sin tener miedo a más pý seboí que me agarre.
No recuerdo como se curaban.

En los claros amaneceres veo nítido hasta la otra orilla de la costa en un aire transparente de cristal, mi vista llega al monte de la otra costa y allí me quedo en el canal principal al lado de la orilla opuesta donde los árboles por la erosión de las aguas muestran sus raíces desnudas y sus ramas se inclinan hasta tocar las aguas que corre entre las hojas y es como que se acarician en la corriente del Arroyo Ñeembucú donde veo gruesas lianas de ysypo, como brazos que se abrazan.

Íbamos intrépidos nadando en grupos de pandillas desde diferentes lugares a encontrarnos allí semidesnudos y al trepar, se eriza la piel en la sensualidad de los recuerdos de los troncos al calor desnudos al sol, me parecen de aquellas muchachitas al levantar sus vestidos y exhiben sus muslos de “eucaliptos raý rusú”, torneadas y rectas.
Me apresuro en saltar y me zambullo en el peligroso canal con sus traicioneros remolinos.

Un dorado salta cerca y da un perfecto coletazo en el aire, se sumerge en cámara lenta ante mis ojos.
Creí ver cada gota en su piel de lentejuelas amarillas, y en un instante se detuvo el sol para admirar la perfección de su destreza, y los rayos de luz reverbera captando su imagen desde las aguas a la retina de mis ojos donde están guardadas junto a otras imágenes más dantescas como espectacular.

De nuevo la calma de la escena anterior lo todo y lo que fue, una fugaz aparición de un artista, una pieza que es el orgullo de los pescadores, el tigre como dorado que se adueñó del escenario en un solo para hacer un lavado de estilo para luego desaparecer al zambullirse de nuevo el brioso ejemplar de tantas anécdotas, real o inventadas de los pescadores y sus dorados que eran únicos como cuentan, antes se pescaba en el Arroyo Ñeembucú.

Los patillos arriba están migrando hacia el sur y son como puntas de flechas lanzadas en el cielo azul, una tras otras pasan.
¡¡Qué elegantes, organizadas y sincronizadas!!, van pasando sobre mí.
Y no puedo evitar que me emocionen.

Allá todavía un poco lejos, vienen acercándose unas bandadas de pájaros muy ruidosos y zigzagueantes que parecen loritos pasan, pero al pasar veo que son "ñanday", tienen la cabecita negra.

Y por aquí los camalotes tienen sus hojas verdes oscuros y pasan flotando en grandes islotes, van con la corriente de las aguas del Arroyo Ñeembucú, y se llevan de pasajeros a los aguapé asó.

A veces los camalotes se desprenden y llegan a la costa para formar los camalotales que se llenan de flores blancas con lilas, y mientras, me gusta mirar que siguen su curso en la impetuosa corriente del canal principal.
¿Dónde irán a parar?.

Voy a hacer un espejo de agua tibia aquí en la costa en esta playa de arena que un día será nuestra en la intimidad de un anochecer de verano.
Un espejo de agua y una playa de arena para bañarnos y mirarnos a los ojos inundados con luces de luciérnagas y de estrellas, mientras la luna que viene siguiendo el curso desde el este será testigo de nuestro amor de principiantes.

Y te pondré las liláceas flores en el pelo y admirados todos con los cánticos nocturnos entre el croar de ranas y sapos que ensayan su coro entre los arbustos del mandiyú rándy, donde gustaban poner en sus ramas, los huevecillo siempre llenos de rosados yuí rupiá, te dirán que eres "la mas hermosa" de la creación como mujer recién hecha.

Los mbiguás aparecen cada tarde en toda la Bahía, y salen de aquí para allá en el agua, luego se zambullen y se alimentan, cansados de la pesca se quedarán inmóviles como negras y brillantes estatuas de piedra, con las alas desplegadas secándose al sol.

Arriba, un solitario martín pescador vibra con sus alas invisibles luego parece estar inmóvil suspendido en el aire.
No falla porque en una sola zambullida, sale y lleva en el pico al infortunado pescadito, que deja caer las últimas gotas de agua de su medio vital por donde la vida se le va.

Se ha repetido ante mí el maravilloso círculo del ciclo de la vida en un espectáculo asombroso y único que conmueve.
Solo en la Naturaleza viviente se puede comprender porque estamos hoy y mañana o en un instante ya no.
Al ofrecernos en un instante el asombroso esplendor de la brevedad en la levedad del ser.

Y conoceré yo de todo esto que escribo, porque desde mitaí andaba descalzo con mi anzuelo de alambre como canita y la masa de agua y harina para pescar mandií, pescando por la costa.
A veces salía en solitario y me iba para poner
ñuhá karapá en el bajo de la Escuelita San José Artesano, muy cerca de las dos misteriosas cuevas, más allá de la barranca a pique frente a la casa de Don Ruperto y Ña Manchí.
Pero más de las veces me contentaba con vagar descalzo por la orilla con la pandilla, con ondita y bodoques, yo solo quería observar lo que pasaba a mi alrededor.

Me gustaba ir por allí reteniendo las vivencias de cada lugar.
Iba por cada lugar sin saber que llegaría un día a escribir de esos tiempos lejanos y que hoy nunca más será como antes.

Son éstos los recuerdos de la infancia, por donde todo pasaba, y todo quedaba.
Y seguirán estando esos lugares como los espíritus de las páginas sueltas de un diario que todavía no terminé de escribir.
Sigo teniendo como los cuadernos guardados en blanco en la memoria, llenos de imágenes a descubrir, descifrar y catalogar con nombres.

En las aguas del Arroyo Ñeembucú, en las casitas recostadas en su orilla, en el Barrio Obrero del ayer, en la esquina de la cuadra, por el Pau Poi cercano, en la Escuelita San José, en la canchita con mis amigos pandilleros.
A todos los tengo guardado como lo mejor de ese tiempo y de cada uno de nosotros con quienes compartimos.

Son esos tiempos que ya duermen en el lecho acuoso del Arroyo Ñeembucú, que ya no existe como antes y hemos soñado que sería eterno.
Como son los sueños de los mitaí inocentes.

Recuerdo que yo pescaba los piky de blancas y brillantes lentejuelas blancas.
Pescaba a las coloridas mojarritas con su cola dorada de color fuego, y a todos devolvía al agua, es que son estos pececitos tan perfectos como los fueron todos aquéllos lugares que se fueron juntos .
Hoy desaparecieron. Hoy los hago revivir en la memoria y están aquí.
No los retengo más y los volveré a dejar
que vivan en libertad.
Dejaré que vuelvan una y otra vez hacia mí como en los recuerdos, hasta que un día nos iremos todos juntos, como los peces que se escaparon de mis manos.

Siempre estaré viendo la forma de recrear las imágenes de la Bahía del Arroyo Ñeembucú que estuve mirando desde los tiempos de la niñez.
Durante muchos años en esos lugares hasta los tiempos de mi primera juventud y luego alejado en la distancia, hoy ya pasaron décadas.
A mi me parece que fue ayer.
Hernán Benítez Denis

11
La ventana al oeste sobre la calle Humaitá:

En esta foto en la casa paterna de mi origen en el Barrio Obrero, me veo sentado en el marco de la ventana al oeste sobre la calle Humaitá de esa época, no recuerdo el año, tal vez a principio de los años 70, esa ventana sigue igual de intacta desde hace más de 50 años, en su curtida piel de vieja madera, algo agrietada con la pintura descascarada, guarda las caricias de los áridos soles de muchos atardeceres.

También guarda los muchos recuerdos de las interrogantes en el interior, pensativo pero sin pesadumbre con esperanzas en la búsqueda de los sueños de juventud para interpretar los posibles destinos que sin conocer el rumbo a tomar ni cuáles serían, solo eran todavía los anhelos de realizaciones, dicho de otro modo, “los sueños de juventud”.
¿Dónde estáran hoy esos sueños?, que serán para mí, me preguntaba mirando por esa ventana abierta el trajinar de la gente.

Una pieza grande hecho de material cocido, con ladrillos que fueron primero adobes de barro y se quemaron como en una fiesta al lado de la carpintería de Don Genes en una explanada, yo era todavía un mitaí el que con Carlitos Escurra buscamos bosta para la mezcla que con el barro por un sistema de un palo largo al lomo de un caballo hacía girar tal vez era unas paletas dentro de un corralito el lodo, material

para moldear los adobes.

Con esa quemada de ladrillos se levantó la pieza y que fue un Almacén de Barrio en ese tiempo, ya no recuerdo el nombre y tiene la puerta y la ventana hacia el oeste sobre la calle Humaitá esquina Alberzoni, Barrio Obrero.

En ese mismo lugar del terreno era donde estaba la que nos sirvió de cocina, un alero cerrado fué el espacio de una cocina como eternamente provisoria, y tenía el techo capií que se cayó con un fuerte viento sur.

Sobre la otra vereda de la calle Humaitá, en la esquina estaba sobre una vereda alta, igual que la nuestra frente a frebte , fue la casa de Don Emiliano Garay y Ña Canú, del amigo Yiyo.

Frente a esta ventana pasaban los escueleros para entrar por el Paú Poí, pasaban de ida y venida los pescadores y las personas del vecindario de todas las edades en sus quehaceres habituales que se quedaban a conversar sin demostrar ningún apuro como si se estuvieran yendo a ningún lugar en especial.

Los domingos con sus mejores galas y en familia pasaban gentes que se iban a la misa y esa misma campana que llamaba a clases también sonaba para el rezo y a la devoción al Santo Patrono del Barrio Obrero, el San José Artesano.

Y las lavanderas entre semanas bajan y subian por el sendero que va al Arroyo Ñeembucú, con latonas llenas de ropas
sobre la cabeza, iban a lavar.
Y los escueleros que se perdían al entrar en el Paú Poi, callejón angosto y túnel del tiempo por el que al igual yo lo hice caminando para entrar toda la Primaria en la Escuelita San José Artesano.desde el año 1962 con 6 añitos.

Pasaba mucha gente en los meses calurosos de verano para ir a bañarse en el Arroyo Ñeembucú, y en esas temporadas de vacaciones parecía crecer de gente venida de vacaciones en las casas y yo no les conocía al hablar algo extraño y no en guaraní decian “ashá en Buenos Aires”, y me llamaban “negrito”, aunque bien sabían que mi nombre era “Nanchito”.
Tal vez por eso sentí que no quise parecerme a ese tipo de persona y nunca quise irme hacia “ashá”.

Todas las imágenes me guarde en especial de los pescadores en sus idas y venidas con remos y aparejos de pesca se despedían de su familia y se iban incluso los hijos pequeños hasta la orilla para decir “adios”.

Por allí los domingos pasaban para ir a Misa con la familia y caminaban alegres y hermosas las jovencitas, las que en pocos años se harán señoritas, las que

cumpliran los 15 años y luego invitadas a bailar por primera vez en los Cócteles como estudiantes entre ellos y luego serán cortejadas, alguna incluso todavía festejando los 15, conocerán del amor y tendrán “tropiezos”.
“Muchachitas de mi Barrio Obrero a las que amé en mis silencios y en mis noches de vigilia y a las que dediqué mis versos sin escribir”.

Las hubiese invitado como un caballero a una dama en las fiestas en una noche de sábado en la Seccional.
Y si yo tuviera plata nos iriamos al matine de los domingos en el Cine Parroquial y luego la invitaría a tomar helado con Coca Cola sorbiendo despacito con pajita y muy cerquita mirarnos a los ojos…y tal vez…me anime a robarle un beso.

Pero yo no tenía ni cómo presentarme en sociedad porque solo era como un moderno pirata que empezaba a tocar la guitarra y soñaba ser baterista algún dia de la Banda de Rock y músicas Románticas, “Conexión 5to Grupo".

En ese tiempo la calle Humaitá era de tierra y muy poco erosionaba con las aguas de las lluvias torrenciales, ni con la gran masa de agua de raudales que ruidosa se precipitaba por las noches lluviosas y amanece las aguas cayendo por el murito y va al Arroyo Ñeembucú.

Con las lluvias quedó al descubierto un cimientos antiguo de material cocido de alguna construcción, tal vez de algún Fuerte del tiempo de La Conquista que la Historia no registró
Eso sirvió para contener la erosión y formó la lomada dónde se erigió la casa.
Como así también, se creía que bajo esos cimientos había tesoros enterrados y se buscaba mucho el "plata ybyguy", excavando de noche en los patios de los terrenos aledaños y se escuchaba los casos de numerosos "relatos de apariciones nocturnas”, como jinetes sin cabezas, gritos de luchas de batallas e incluso de sabanas blancas que volaban.
Recuerdo que una noche volví tarde y como se entra a mi casa por el patio, no me anime a entrar por una sabana blanca que se movía y resultó ser que se olvidaron nomás de recoger.

La otra ventana de la casa, la que miraba al norte hacia el Ñeembucú ya no existe.
No resistió al cambio de los tiempos pero aquellas imágenes que me brindó de la Bahia ya fueron expuestas o mejor dicho, desplegados como lienzos pintados con sus luces y sombras, sonidos y movimientos que pasaban por ese marco y fueron muy diferentes los escenarios a los que por esta ventana sobre la calle Humaitá, sentado en su marco mirando hacia dónde se va la tarde con el ocaso, yo vi pasar la vida.

La ventana al oeste sobre la calle Humaitá, desde que he migrado al salir de casa sigue siempre cerrada como ignorando que el tiempo pasa a su alrededor y con su

dos hojas como puertas y como piel de madera curtida por muchos años de estar al sol y expuesta a las lluvias, está hacia el “ kuarahy reike pe”, me recibe cuando las abría con las caricias de los últimos rayos del sol cuando cae hacia el ocaso.
Hernán Benítez Denis

12
En las cercanías del Ñeembucú bajo:

Los lugares de nuestra infancia quedaban apenas a una cuadra del Arroyo Ñeembucú.
Salíamos de todas esas casas pegadas a dos cuadras a la redonda hacia la orilla.

En mis escritos siempre nombro un Mirador Natural por la altura que tiene y desde allí se dominaba hacia este la trayectoria del Arroyo Ñeembucú.
Y quizás un poco más allá de la bocacalle de la casa de Don Genes se podía yendo por la costa se puede llegar muy lejos, un lugar pesca conocido como Rosa Pinal.

Pai Cue, el puerto de Ayala Pato, el barranco de los Ramírez, el Paú Poí, la Escuelita San José, las misteriosas cuevas, y la explanada en el que hoy está el Monumento a las Madres, son lugares de nuestros recorridos en las cercanías del Ñeembucú bajo.

En esas cercanías del Ñeembucú bajo
crecimos recorriendo la ribera y también íbamos reconociendo todos sus lugares.
Lugares que sufrían cambios en las grandes crecidas o en sus drásticas bajantes.

Caminando por el Barrio Crucecita hacia el este y luego entrar de nuevo hacia la ribera era otra forma de explorar.
En canoa se puede llegar a Yegros Paso o incluso un poco más lejos, siempre que sea una aventura añadida, a todas las aventuras.
Así fuimos pasando la infancia, adolescencia y juventud

Recuerdo cómo era la casa de la infancia en su interior y exterior.
Y ahora pienso que fue un galpón grande dividido para usos diversos como dormitorios y un comedor.
Tenía la pared de estaqueo y un corredor con una ventana hacia el norte mirando a la Bahía del Arroyo Ñeembucú.
Al lado mismo de esa ventana tenía mi cama.
Incrustado por la pared.
Allí en la pared estaba clavado un nicho con imágenes de santos y el altar donde por las noches titilaba una vela.

Recuerdo un baúl grande que hacía de ropero. Era de madera forrada con chapa metálica pintada con un fondo rojizo, donde coloreaban flores amarillas.
Siempre recostado hacia la pared en la tierra apisonada.

En ese mismo rincón eran los preparativos para la fiesta de los sábados a la noche

En torno a un espejo de medio cuerpo apoyado a la pared, se miraban los detalles y se convertía ese rincón en un anticipo de la fiesta que esa noche había en la Pista mi Ranchito.
El baile anunciaba la Publicidad "Blanco y Negro" de Amparo Flores con la presencia estelar de la Orquesta de Sixto Mendoza y sus Electrónicos Beat.
Por varios días ese rincón se quedó con olor a lápiz labial y polvo "Maja" para el rostro.

En medio un horcón tenía clavado una repisa y un espejo mediano.
Allí mi papá tenía la navaja de afeitar, jabón y brocha.
Un tiento de cuero parecido a un cinto que tenía colgado y le servía para afilar de vez en cuando la navaja.

El techo era de tejas de caranday colocado encima de un entramado de tacuaras como canaletas y tapas.
Las tormentas con lluvia y viento debían ser muy fuertes para hacerle algunas goteras.

Toda esa estructura se mantiene casi original y cada vez que voy a Pilar, me quedo admirado por la practicidad con que se construyó.
Es en esos momentos es cuando se me agolpan y me vienen todos los recuerdos de la infancia.

Allí había una estética dentro de lo rústico, la armonía que se convierte en artesanía.
Esa artesanía de usar lo que la Naturaleza nos proporciona en forma justa y es una pena que hoy día se haya dejado de usar en la construcción de viviendas esos recursos naturales fuertes y duraderos, sustentables y que al parecer también pueden transmitir su carácter.

Sigo recordando el Barrio Obrero y la casa del origen cuando las aguas ya llegaban hasta la vereda en las crecidas del Arroyo Ñeembucú, silenciosamente las aguas subieron por los patios de Don Valdéz, Don Vallejos, Don Pérez, Don Genes, mientra que las casitas de hacia el bajo, de mis amigos Cay'bá, Apache, Saí Soó umia, ya estarían inundadas.

“El hombre reverencia lo que no puede evitar como fueron las grandes inundaciones y quedó en la memoria colectiva de Pilar la del año 1983 en el mes de Mayo, cuyas secuelas espirituales es la Solidaridad entre todos los pilarenses, residentes y ñeembuqueños, que como calamidad, las inundaciones de esa vez mostró toda su magnificencia como naturaleza pero también dejó la filosofía de vida que los pilarenses recuerdan como un pueblo solidario

Y desde esa vez se unirán más y más hasta incluso cambiar la voz de la gente que suenan más amables los unos con los otros en verdadera Confraternidad.

Por esa bocacalle al este donde se veían espejos de agua por la inundación, venía rodando la carretilla de Don Ramón Calatú, sin darse tregua ni descanso, la rueda en su eje venía como quejándose de estar descentrado.
Pero yo sabía que no era solo por eso ese sonido como un chirrido que también era cierto.
El sonido de la carretilla de Don Ramón Calatú era un canto al trabajo cotidiano y a la capacidad de sobrevivencia sobre la realidad de la vida.

Desde allá veo la aparición de la inolvidable figura de Don Ramón Calatú con su inolvidable parecido Chaplinesco y como salido de la magia de unos espejos de agua.
Su voz desde lejos llega primero en ese grito de cada día y cada mañana. ¡¡Naranja, pomelo y sand..!!.
Y lo volveré a ver a la tarde muy cansado y satisfecho.
Con las crecidas de sus agua el Arroyo Ñeembucú nos ofrece su amistad para decirnos que a todos nos irá mucho mejor después en el Barrio Obrero cuando se aleje.

Y ahora déjenme contar de un amigo de la infancia y de la cuadra que tiene su casa en esa misma vereda de nuestra casa.
Ramón Acuña, un recordado amigo aquél muchacho, ese mitá guazú al que le gustaba cantar música Mexicana “a capella”.
Los domingos en especial después de la Misa y volvíamos a estar en la casa, Ramón Acuña cantaba Rancheras Mexicanas para el deleite de la gente y se le escuchaba a varias cuadras a la redonda.
Ni Amparo Flores ni Compinchi”, dos famosos publicistas y dueños de Pistas bailables, con su bocina o parlantes se le compara en potencia a la voz de Ramoncito Acuña cuando, subido a un árbol, yo le escuchaba cantar, "Las Isabeles".
¡¡Qué bien le salia con su inolvidable registro de voz!!

El Barrio Obrero que conocimos eran todos aquellos lugares que ya nunca serán iguales como antes, aunque su espíritu vivirá todavía en nosotros, porque lo llevamos dentro con todas las nostalgias y abrigados en el sueño del ayer.
.
Yo seguiré contando de nuestra infancia, la adolescencia y juventud como si fuera la primera vez, seguiré contando de aquellos nuestros sueños, porque estoy seguro, que ninguno de nosotros, queremos verlos desvanecer, olvidados en el tiempo.

Porque sin los recuerdos seremos olvidados como lo serán esas viejas canciones que si no las cantamos quedarán por allí.

Así también los recuerdos que como imágenes guarde si no lo transcribo en prosas, en versos, no los contamos ni lo cantamos haciendo canciones acerca de nuestras nostalgias de un tiempo, de esa infancia y juventud, en el Barrio Obrero y en los lugares de las cercanías del Ñeembucú bajo, cuando vivíamos en esas casitas recostadas a su orilla.
Hernán Benítez Denis

13
Juegos de mitaí, Barrio Obrero guá:

¿Y será que alguien recuerda todavía cómo era el juego llamado “fusilamiento” que se jugaba con una pelota de trapo en la arena?.

Con varios mitaí en hileras cada uno hace un hoyo como suyo en la arena como para que apenas pueda entrar una pelota de trapo del tamaño de un puño cerrado. Luego a cierta distancia 5 metros por ahí de los hoyos estamos alineados uno al lado del otro y el primero de la fila debe tirar a meter en un hoyo que puede ser en el suyo, en el de al lado o de cualquiera de los jugadores.
Tiene cada uno una sola oportunidad y si yerra pasa al siguente jugador embocar en un hoyo.

Sube la emoción en esa tensa espera entre los que nos posicionamos cada quién delante de su hoyo esperando en correr si no cae en su hoyo pero si cae en el suyo, será el que definirá si él o a quién acierte con la pelota al pretender entrar otra vez en el área de “salvación”.

Pero si yerra al que quiera entrar, ese tiempo es aprovechado para que todos entren y él será “el fusilado” por la espalda.
Será fusilado con la pelota húmeda tirado con fuerza por cada jugador desde no recuerdo que distancia, era mucho mas de 5 metros
porque “ipulso lo mitá”.

Por ahí es que se procura que no entre en el hoyo propio aunque todo es muy emocionante, incluso el ser fusilado que a veces dolía pero nadie se queja por que ese era el juego de fusilamiento con la pelota de trapo por la espalda, y que duela era lo de menos, superado por las emociones del momento.

No recuerdo si fueron exactamente asi las reglas del juego y puede que haya variantes en cada esquina donde se jugaba.
Un juego de muchas tensiones y emociones con participaciones de los vecinos al mirarnos y divertirse también con estos juegos porque en ese tiempo no había tv ni celular más que esa sana diversión de la calle.

En esta parte del Barrio Obrero convivimos como parte de todo el vecindario y fue testigo la Bahía del legendario Arroyo Ñeembucú, tan guardador de nuestras ansias juveniles.
Fuimos amigos y cómplices de muchas aventuras en sus playas de este sector en el Barrio Obrero de las décadas del 60 hasta en los años 70 en plena juventud que pasamos santuarios de recuerdos que visito de vez en cuando en las noches de mi vigilia.
Nos dio lo mejor, esa identidad de sentirnos y reconocernos que no se iguala ni se compara con ningún otro lugar por ser del “Barrio Obrero guá" con sus juegos de mitaí.
Hernán Benítez Denis